

## UNA EXTRAÑA PARÁBOLA: YO SOY LA PUERTA

El papa Francisco acaba de decirnos algo importante con su habitual gracejo y personal estilo: que los “trepas” se vayan a las cordilleras a escalar montañas y se abstengan de ir a la Iglesia. Satisface que el papa utilice un lenguaje vulgar y coloquial que todos entendemos. Porque, efectivamente, nuestro diccionario atribuye este término al vulgo y nos dice que se usa en lenguaje coloquial. Si hubiese dicho “arribistas”, el término sería más culto y elegante, pero no nos habría llamado la atención.

Eso pasa con las parábolas de Jesús. Se entienden porque se utilizan términos comunes. Pero no deja de chocar que Jesús se compare con una puerta. “Os aseguro que yo soy la puerta” nos dice en el evangelio del domingo próximo. La puerta tanto es el vano por el que se entra y se sale en una casa, fábrica, vehículo, habitación, o corral como el armazón de metal o madera que, abierta o cerrada, permite o impide la entrada y salida en dichos espacios.

Jesús es el espacio abierto por el que han de circular, entrar y salir, los creyentes. Entrar para protegerse de la corrupción, para curarse de las heridas de la vida, para alimentar el gran deseo humano que no es otro que “ver a Dios”. Por eso está bien lo del Papa: que no entren los trepas, los arribistas que sólo buscan su escalada y propia satisfacción. Y salir para comunicar con “el mundo ancho y ajeno” (precioso título de un libro peruano de Ciro Alegría), para darse y para recibir.

Aún así, el evangelio del próximo domingo dice más. Siguiendo con la metáfora, habla de las ovejas que conocen la voz del pastor y por eso lo siguen. Es una gran cuestión de la modernidad y la posmodernidad. Encontrar los líderes adecuados. Se ha repetido con razón que la Europa de mediados del siglo XX gozó de muy buenos líderes: Adenauer, de Gásperi, Churchill... Diseñaron un gran proyecto para caminar hacia una Europa unida y patria común. A falta de ellos, hoy nos gobiernan burócratas que, cuando no son arribistas o corruptos, se conforman con perpetuarse en el poder, barrer para casa o pretenden alcanzar grandeza separando lo que está unido. No les deseamos que Dios les confunda porque bien confundidos están.

Haríamos todos muy bien si, en la conciencia, escucháramos la voz del que ha sido constituido “Mesías y Señor”. El sí es el gran líder que une y no separa, que se hace puerta y camino para que todos transiten por las vías de la verdad y del servicio. Y busquemos esa unidad necesaria, que no uniformidad, de familia humana que comparte bienes y trabajos. Es muy triste que los ricos de este mundo busquen más riqueza empobreciendo a los que ya son pobres de solemnidad.

El Evangelio citado concluye con estas palabras: “Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia”. Probablemente son las más importantes de los cuatro evangelios. Forman unidad con aquellos otras: “Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo, no para condenar al mundo sino para que todos se salven por él”. El amor de Dios y la entrega del único Pastor y Salvador de nuestras vidas son la segura garantía de un orden social justo y de una salida para este mundo.

**JOSÉ MARÍA YAGÜE**